

Numéro 10, création

# Intermedio mexicano

Vicente Quirarte  
vquirarte19@gmail.com

Citation recommandée : Quirarte, Vicente. "Intermedio mexicano". *Les Ateliers du SAL* 10 (2017) : 180-185.

Con el corazón ligero inicio este relato. Pretende ser fiel a las andanzas del caballero inglés con quien tuve el privilegio de convivir aquellos días de fines de 1891 y los primeros meses de 1892 en la Ciudad de México, gracias a la intervención del coronel Arístides Bringas, mi amigo incondicional y mi maestro.

No es exagerado decir que todo lo que he vivido ha sido posible gracias a quien con el paso de los años he terminado por llamar el Coronel, con su bien ganada y solitaria mayúscula. Tal vez valga la pena aclarar que lo mejor de mi vida, pues en estos 24 años que han transcurrido desde nuestra aventura en Nueva York en contra de la intervención francesa, cuando él era capitán y yo un muchacho imberbe, muchas cosas han pasado: cultivé, como deseaba, mi pasión por la historia, acompañada de un idéntico fervor por la medicina. Fui devoto asistente a la escuela en la casa chata de Santo Domingo y me convertí, por qué no decirlo, en un gran médico, consultado por tirios y troyanos, profesionistas y políticos que acudían a lo que llamaban mi buen juicio. Publiqué varios libros de historia, colaboré en el magno proyecto encabezado por el general Vicente Riva Palacio, *México a través de los siglos*; he sido diputado, ocupado cargos en la administración de Porfirio Díaz e inclusive en el paréntesis de Manuel González. Tengo 51 años de edad y estoy de vuelta de todos los combates. Poseo la edad suficiente y la libertad ganada para estar desilusionado del caudillo tuxtepecano al que apoyamos de manera entusiasta e incondicional desde el principio de la que para nosotros era una justificada revuelta en contra de los deseos reeleccionistas de Sebastián Lerdo de Tejada. Si entonces hubiéramos sospechado la que nos esperaba.

Sin embargo, lo mejor que me ha ocurrido es acompañar al coronel Arístides Bringas y crecer en todos sentidos a su lado: sentir que la vida es una sola y que un hecho en apariencia insignificante es el umbral de una gran aventura. Que cada día es el preludio y la posibilidad de una gran experiencia. Algún día daré a la luz, tal vez cuando el Coronel ya no esté físicamente con nosotros, la relación escrita de las aventuras que más honda huella me han dejado: el caso de la loba de Chapultepec, el del vampiro de la Calzada de los Misterios, el baile de los cuarenta y uno, la historia completa de la Patricia, el inseparable revólver del coronel Bringas, que se precia de haber sido disparado por última vez en 1866, pero cuya compañía lo hace sentirse tan seguro como lo garantiza el frasco de aguardiente que siempre lo acompaña.

Este mediodía del 1º de diciembre de 1891 cierro la puerta de mi domicilio, en la calle del espíritu Santo, cerca del antiguo convento de San Agustín que hoy alberga a la Biblioteca Nacional, ese otro templo del que soy defensor y fiel devoto. Quién lo iba decir, yo que nací poblano y de familia ultracatólica,

fui de los primeros en aplaudir la decisión de que la antigua iglesia se convirtiera en recinto de otro conocimiento más libre y más feliz. Soy, entonces, privilegiado vecino de esa hija del pensamiento liberal. Me acompaña una pequeña maleta, pues voy de visita a casa del coronel Bringas. Sabedor de que cada encuentro nuestro es una conversación prolongada y sin horario fijo, me ha invitado a quedarme, como lo subraya en su telegrama. Cerrar la puerta de mi casa es cerrar muchas casas: la que compartí con mi esposa los breves, pero fructíferos, intensos años de nuestra vida en común; aquella a la que llego a dormir, la de mi consultorio donde recibo a mis clientes, a mis enfermos tanto del cuerpo como del alma. Lo que más me duele es dejar por instantes a los libros que he acumulado, de manera selecta, en una ya larga vida.

La Ciudad de México es una sorpresa constante. El sol brilla de manera esplendorosa y el cielo luce ese azul inverosímil de los días de invierno en que el sol quema, aunque permite la permanencia de un frío reconfortante. Los vendedores de castañas, usualmente nocturnos, ofrecen su mercancía desde temprano, y el humo de sus puestos se une al de otros pregones que, aunque han disminuido desde mi juventud, nunca dejan de estar presentes. Desemboco a la Plaza Mayor por la calle de Independencia, abierta "por causas de utilidad pública" durante el gobierno de Comonfort. Abordo el tranvía a espadas de la Catedral, rumbo al pueblo de San Ángel, donde el coronel Bringas eligió vivir desde hace muchos años. "Para estar más cerca de mis muertos", dice, pero en verdad lo ha hecho para estar lejos de todo lo que antes formaba parte de su vida. A sus 75 bien sólidos años, se siente fuera del mundo, y eso es lo que más admiro en él.

Me acomodo junto a una de las ventanas, dispuesto a ser espectador y espectáculo y a gozar el trayecto como si fuera la primera vez que lo hago: ver transformarse las casas y las calles de esta ciudad que me ha hecho suyo, en maizales y otras matas a través de las que el tren alcanza mayor velocidad. Aunque hay rumores de que pronto habrá tranvías eléctricos –una de las "nuevas fuentes de felicidad" proclamadas por el general Díaz–, confío en el vapor como la gran fuerza que nos ha movido en este siglo y ha permitido paulatinamente la liberación de las mulas que durante mucho tiempo nos llevaron. Viajo de acuerdo con el precepto del joven Manuel Payno, ahora también vecino de San Ángel. Hace muchos años escribió su "Viaje sentimental a San Ángel". Más que su expedición a caballo en la tercera década del siglo, lo que me más se me grabó de esa lectura es que el viaje es siempre hacia el interior de uno mismo, y no importa cómo se haga. Siempre es el viaje alrededor de uno mismo.

\*

Llegar a San Ángel es una emoción siempre inédita, aunque se viaje a él mil veces y por todos los medios de locomoción posibles. Luego de vivir en la parte más poblada de la Ciudad de México, el coronel Arístides Bringas eligió el pueblo de San Ángel, y soy el primero en agradecer esta expedición que me hace llegar a su pequeña casa en la calle de Reyna. En una chispeante crónica titulada "Cómo se va a Tlalpan", el Duque Job escribió que el aventurero de semejante viaje debería hacer testamento antes de emprenderlo. Llegar a San Ángel no supone tanto riesgo, pero desde que empezaron mis correrías con Arístides Bringas aprendí que el aparentemente menor de los traslados puede traer consecuencias extraordinarias. Desciendo del tranvía en la estación de la plaza de San Jacinto, contemplo con veneración el muro de la casa que siempre me hace notar el Coronel, donde fueron ejecutados algunos integrantes del batallón de San Patricio que lucharon del lado mexicano. "Sufrió por México", dice el Coronel siempre que por allí pasamos, y aunque no se santigua y jamás ha cruzado el dintel de una iglesia, la suya es una oración laica en memoria de los caídos. Dios está en todas partes y siempre que hace falta, es otra de las lecciones no escritas que he aprendido del Coronel.

\*

Las costumbres arraigadas son la prueba de fuego de las grandes amistades y la amistad es la forma más perfecta del amor, porque es exclusivamente humana y exige cultivo y permanencia. Siempre me he dirigido al Coronel Bringas en tercera persona y él siempre me ha tuteado. Cuando ha propuesto que traspasemos ese cerco, que "rompamos el turrón" en sus palabras, me he negado: me gusta esa mínima distancia que paradójicamente nos acerca más.

Abrió la puerta no la fiel ayudante que siempre lo acompaña, sino el propio Coronel Bringas, cuyo cuerpo de oso me hizo suyo con su envolvente abrazo.

-Bienvenido, joven Bringas. ¿Cómo estuvo el viaje?

-Joven Bringas, ya ni la burla perdona, Coronel.

El tiempo había afinado las maneras y los rasgos del Coronel Bringas. Conservaba su modo cerril y montaraz que era su orgullo y de lo que hacía alarde a la menor provocación, pero sus movimientos eran más pausados. Su espontaneidad, aliada de su experiencia. Me hizo pasar al interior de la casa y me ofreció el que llamaba mi sillón.

-¿Una copita para empezar?

-Ya sabe que no bebo alcohol, Coronel.

-Nunca dejaré de preguntarte, y nunca dejaré de tratar de quitarte esos malos hábitos. Elpidia te preparó una jarra grande de agua de jamaica, pues conoce tus vicios.

-Ah, qué mi Coronel.

\*

Luego de dos jarras de agua de jamaica que yo me tomé, y tres rones que el Coronel se zampó, tras decirnos todo lo que nos quedaba en el tintero, mi anfitrión entró en materia:

-Mira, Sebastián, quiero encargarte un caso.

-Pero usted ha sido el de los casos, Coronel.

-Así es, pero hay dos razones para que ahora te ceda a ti toda la responsabilidad y los honores. En primer lugar, ya estoy viejo...

-Coronel...

-No me interrumpas, Sebastián. A este sabueso aún le gusta husmear, pero sus habilidades han disminuido. Además...

-Además.

-Además sabes inglés perfectamente. Lo demostraste desde Nueva York y lo hablas cada vez mejor. Me lo han dicho los nativos de esa lengua. No se te nota que eres mexicano. Más allá de eso, necesito a alguien que además de hablar inglés, conozca esta ciudad.

-Si es así, yo soy su hombre, Coronel. No es vanidad, pero...

-Que sea vanidad, Sebastián. Te va a hacer falta, porque el caso que quiero encargarte es muy delicado. Necesitas prudencia y valor.

-Sus deseos son órdenes.

-Hay una tercera condición. Vivir con el caso.

-¿Vivir con el caso?

-Así es, Sebastián.

-Eso sí está raro.

-Mi cliente, llamémoslo así, para darle un nombre, me pide tres cosas. Discreción, eficacia y brevedad. Mi obligación es complacerlo. Mi vanidad, también.

El Coronel abrió el cajón de su escritorio.

-Mi cliente ha visto varias posibilidades. Y adivina qué. Le gustó esta dirección.

Me alargó un papel.

-Mi propia dirección.

-Así es, querido amigo. Tu propia dirección. ¿No te parece fascinante?

-Me parece absurdo e inexplicable...

-Ya aprenderás que en todo lo absurdo hay algo inexplicable y viceversa. Quiere vivir en un lugar donde todo pase y no se note...

-¿Y qué problema vamos a enfrentar? Además, por supuesto, del

problema de la convivencia... Usted sabe lo acostumbrado que estoy a vivir solo.

-Eso lo sé. Pero la convivencia te va a dar más de lo que puede quitarte. El ser humano sigue matando, procreando, sufriendo. A ves goza. O cree o dice que goza. Sucede que el inglés, llamémoslo así, está aburrido.

-¿Aburrido?

-Bueno, tal vez no sea el término adecuado. Está cansado de vivir, si se puede decir así.

El Coronel volvió a husmear en su escritorio y sacó una pistola, que procedió a alargarme.

-¿La recuerdas?

-¿Quién no recuerda a la Patricia, la pistola bautizada en honor a los sacrificados de San Patricio.

-Este es un regalo que hace tiempo quería hacerte. Ahora es la ocasión.

-Pero, Coronel...

-Ningún pero nos va a impedir seguir siendo amigos. Quiero que la Patricia ande contigo. Que te cuide siempre.

-"No me saques sin razón. No me enfundes sin honor".

-Exactamente. Como la espada. Recuerda que la pistola y la mujer nunca se prestan y sólo su dueño debe usarlas.

-Bueno, el que se dice su dueño.

-Quien la merece.

-¿Puedo al menos preguntar el nombre de nuestro... caso?

-Claro que sí, esta es su tarjeta.

En la superficie blanca leí por primera vez el nombre de mi futuro compañero.